

tuoso. Se dá la preferencia sobre sus semejantes, á quienes estima en poco, sobrepnándose sobre todos, queriendo él ser el centro de todo, para que todo se mueva y obre no más por su impulso, y porque creyéndose tan juicioso como nadie, no puede soportar la dirección de otro, ni tolera el yugo de la autoridad.

Escuchad la descripción del orgullo, hecha por un hombre, si no lleno de la ciencia del mundo, sí de la de Dios, con la ventaja, además, de una larga esperiencia y conocimiento del corazón humano. Es el Sr. Cura de Ars quien habla. "Se peca por orgullo, dice, de distintos modos: unos lo hacen por sus vestidos, por su lenguaje, por el modo de presentarse y hasta en la manera de andar. Hay personas que cuando se presentan en la calle parece que van diciendo al que los vé: "cuán alto soy, cuán recto me presento, qué bien y acompasado ando." Hay otros que cuando han hecho una buena obra, aturden con referirla; y si no lo hacen, se afligen porque no se dice bien de ellos. Otros hay que se fastidian por habérselas con gente pobre, por cuyo motivo anhelan no más las relaciones con los ricos. Si consiguen entrar á la casa de estos, se envanecen, y por doquiera lo presumen. Si estando en la casa de los mismos consiguen conversar, ó no más los oyen, se ocupan en estudiar sus palabras para repetir las, manifestando su disgusto porque olvidan lo que oyeron, y quisieran estar siempre repitiendo. No hace lo mismo el humilde: que se burlen de él; que se le estime, que se le alabe; que se le reprenda ó que se le considere; que se le menosprecie ó que se le guarden consideraciones; que se le atienda ó que no se le haga caso: para él todo es igual. Hay algunos que hacen grandes ó pocas limosnas para que se les tenga en grande estima; los que no sacaràn provecho espiritual de su obra, si con tal pensamiento lo hicieron; pues que entonces el mundo será sólo el que se ocupe de retribuirlos. Están contentísimos cuando se reconocen sus buenas obras ó las pre-

gonan para que todos las vean; y se entristecen cuando quedan ocultas. No son así los santos: se afligen si sus virtudes son conocidas, y están contentos cuando se advierten sus imperfecciones. El orgulloso cree que todo lo que ha hecho es bueno; quiere dominar á todos los que tengan que hacer con él, porque cree que su sentimiento es mejor que el de los demás.

Hay muchas formas de orgullo, continúa el mismo autor: orgullo de espíritu, cuando el orgulloso se cree grande, hábil, excelente, superior á todas; de aquí su tenacidad en sus maneras de ver, su desdén para su prójimo, su pretensión á las dignidades más encumbradas, su ambición, su presunción: orgullo de corazón, cuando se cuadra á sí mismo, se extasia ante sus méritos verdaderos ó falsos; de aquí el egoísmo, por el que se porta tan tierno para consigo y tan duro para con los demás; de aquí la susceptibilidad de sospechar de todo y la vana complacencia con que vé lo que es de él: orgullo de la voluntad, porque no conoce más ley que la suya, sacudiendo el yugo de toda autoridad; de aquí la terquedad, la disputa, la contienda, la desobediencia y la insubordinación: orgullo de las acciones, cuando quiere que todos crean en la alta idea que él tiene de sí mismo; de aquí la ostentación que dá á sus cualidades, la vana gloria, la hipocresía, la singularidad: orgullo de los labios, cuando ensalza con complacencia en sus discursos su propio mérito; de aquí la jactancia, la crítica del prójimo, la denigración de sus semejantes, la maledicencia, la calumnia para levantar su reputación sobre lo que á otros usurpó: orgullo, en fin, del exterior, el de sus vestidos, en lo que tiene un vicio desenfrenado. ¡Cuán variado es el orgullo en sus formas y cuán culpable!

II.

El orgullo está admirablemente estigmatizado en las palabras que han servido de texto: *odibilis coram Deo est et hominibus superbia*: el orgullo es un vicio

odioso en sí mismo, ante los hombres y hácia Dios. 1.º en sí mismo, por los caracteres repugnantes con que se reviste; con la mentira vil y despreciable, porque el orgulloso es un mentiroso, pues se miente á sí mismo haciéndose persuadir que los dones que posee son exclusivos de él; es un robo, pues el orgulloso es un ladrón, porque, para atribuírselo todo, le quita á Dios la gloria, la alabanza y el honor que son exclusivos de El, suponiendo que los bienes que tiene son suyos y á él le pertenecen; es un vil y despreciable, porque el orgulloso olvida á Dios, su benefactor, por quien es lo que es; es idolátrico, vil y despreciable, porque el orgulloso es idolatra, pues todo se lo refiere á sí mismo haciendo que el incienso de la alabanza solo se eleve para él, arrebatando hasta las alabanzas de sus prójimos, para hacer de su persona un ídolo miserable. *Odibilis superbia*.

2.º El orgullo es un vicio odioso á los hombres, que lo persiguen con su reprobación. . . . ¿Qué es un doméstico ó cualquier inferior orgulloso? Un indócil, pertinaz, desobediente, á quien su superior raras veces encuentra dispuesto á que le obedezca. De aquí la indisposición de aquel contra este; de aquí la falta de confianza para él; de aquí la necesidad de arrojarle de la casa; de aquí el apremio en que se encuentra el expelido para vagar errante como otro Cain llevando como este, el estigma sobre su frente. Y ¿qué cosa es un superior orgulloso? Un déspota que manda con altanería á sus inferiores, y que al rigor del mandamiento añade el menosprecio; es un hombre á quien el Sabio pinta "como un león en su casa, tratando mal á sus criados y oprimiendo á sus súbditos" ¿Y qué vendrá de esto? que los inferiores, sensibles á tales tratamientos, despreciarán los intereses de su amo: se burlarán de él, no callarán sus defectos y desgarrarán su reputación. ¿Qué es un orgulloso que no es ni amo ni criado? Un hombre que por no querer ceder en algo al juicio de sus semejantes, enciende la llama de la discordia, siembra la divi-

sión, suscita las contradicciones, inflama los altercados y cría los odios, los aborrecimientos. ¿De qué consideraciones podrá ser digno en la sociedad un hombre de tal proceder? Se le teme, se huye de él, se le vé como el objeto de anatema, de maldición; y con razon, porque el orgulloso provoca la indignación, el menosprecio, el disgusto, *Odibilis coram hominibus*.

En tercer lugar, el Orgullo es odioso á Dios; sí, pues Dios, es un Dios zeloso y amante de su gloria, y que jamás permitirá que una mano profana y sacrilega como la del orgulloso, le arrebatase y se quiere apropiarse lo que es esclusivamente Suyo. Las escrituras abundan en instrucciones que allí están consignadas para preservarnos de tal vicio; y al efecto, multiplica las sentencias fulminadas contra él, recurriendo á brillantes exhortaciones y empleando el lenguaje tan persuasivo de la parábola para querer separar al hombre de tan pernicioso crimen: interminables seríamos si nos ocupáramos en citarlas.

Que Dios aborrece el orgullo, se manifiesta por los terribles castigos con que lo ha conminado en todos tiempos. Lucifer y sus adeptos se enorgullecen, é incontinenti, son precipitados á los abismos. Nuestros primeros padres desobedecen por orgullo, con la esperanza de hacerse semejantes á Dios, y en el momento son arrojados del paraíso terrenal, y sometidos con toda su portesidad á las calamidades mas desastrosas. Los gigantes se enorgullecen, y su raza es ahogada en las aguas del diluvio. Los hombres despues del diluvio quieren inmortalizar su nombre con la construcción de la famosa Torre de Babel, y Dios acaba con su orgulloso designio confundiendo su lengua. Faraon se enorgullece resistiendo á la voluntad del Señor, y es sumerjido con todo su ejército y aprestos en las aguas del mar Rojo. David se enorgullece haciendo por vanidad el empadronamiento de su pueblo, y la peste desola su reino. Nabucodonosor se enorgullece, y en la misma hora es arrojado de la compañía de los hombres y obligado á habitar con

los animales del desierto, donde durante siete años, se alimentó con hierba del campo, como las bestias, donde su cuerpo recibe el rocío del cielo, donde sus cabellos crecen como las plumas de las aves, y donde sus uñas se convierten en garras como las de los leones. Herodes se enorgullece complaciéndose en las alabanzas exageradas de los que le lisonjean, y que lo igualan a Dios, y Dios manda sobre él la enfermedad más repugnante e ignominiosa que contemplan sus aduladores. Cuantos ejemplos mas nos presenta la Escritura! Dios aborrece el orgullo, pues que maldice á los que son sus esclavos. Sí, el orgulloso es maldito en su memoria, porque el Señor lo seguirá con su castigo, borrando hasta el recuerdo que de él pueda tenerse, hasta los mas gloriosos: *memoriam superbiorum perdidit Deus.*—(Eccles. 11, 21) Es maldito en su entendimiento; si, pues envaneciéndose con sus pensamientos, a fuerza de querer ser sabio, se convertirá en insensato, *dicentes se esse sapientes stulti facti sunt.* (Rom. 1. 22) Será maldito en su voluntad, porque si resiste á la voluntad de Dios, la de Dios lo resistirá, lo entregará á su propia debilidad, y le rehuzará los auxilios que otorga á los humildes, *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (Sant. 4, 6). Será maldito en su corazón, porque no tendrá gusto en los ejercicios espirituales, permanecerá seco y árido en la oración, porque el Señor solo se comunica al que es pobre y tiene el corazón contrito y tiembla á la palabra divina. *Ad quem respiciam nisi ad pauperulum?* (Isai. 16, 2). Será maldito en sus designios, porque lejos de bendecirlos Dios, ó si los favorece por un momento, será para hacer mas ostensible su reprobación, *dispersit superbos mente cordis suis.* Será maldito en su salud y fortuna, *tabescere fecisti sicut araneam animam ejus.* (Salm. 38, 2). Será maldito en su honor, porque el orgullo precede á las caídas vergonzosas, y como dice el Señor: todo el que se quiera elevar, será deprimido, *Odibilis coram Deo superbia.*

Conocida la naturaleza, y fealdad del orgullo, asi como sus deplorables efectos, nada mas natural que procuremos huir de tal vicio, lo que conseguiremos, supuesta la gracia, con estar prevenidos sobre nuestros pensamientos, sentimientos, palabras, acciones y nuestros pasos; y supuesto que todos estamos inclinados á él, y su raíz está en nuestro corazón, pues como dice S. Francisco de Sales, que el amor propio no muere en nosotros, sino un cuarto de hora despues que hemos espirado, tengamos cuidado de cortar, sin consideracion alguna, todas las exerecencias que broten de tan funesta planta en nuestro corazón; pidámosle con fervor á Dios la virtud opuesta, la santa humildad; digámosle frecuentemente: Oh Jesus, tan dulce y humilde de corazón, haced el nuestro semejante al vuestro; recordemos los ejemplos del Salvador y los de la S. S. Virgen cuyas vidas no fueron mas que una protesta contra el orgullo y una expiación de este pecado. Que toda nuestra vida, pues, sea una protesta contra él; y en todo, como nos lo recomienda S. Pablo, tengamos la voluntad de agradar á Dios: *Non nobis, Domine. non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Trabajemos, suframos, oremos, vivamos para la mayor gloria de Dios, con la que mereceremos oír un día esta palabra: "Bueno y fiel servidor, entrad a la alegría de vuestro Maestro."

RECTIFICACION.

En la página 131. al comenzar la Enciclica del Sr. León XIII, sobre el Centenario de Colón, á la línea 3 dice: siglo décimo cuarto; léase: siglo cuarto.

DEFUNCIONES.

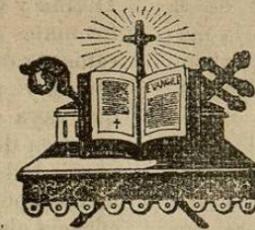
El día 12 de Junio falleció en la vicaría de Ciénega de Mata, curato de Ojuelos, el Sr. Presb. D. Martín Sánchez.

En 5 de Agosto falleció en Etzatlán el Sr. Pbro. D. Juan Linares.

El día 12 del corriente falleció en S. Pedro el Sr. Cura D. Carlos L. Dávalos, R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant Imp. de N. Parga.--D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUERO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 8 DE 1892.

NUM. 21

SECCION I. ULTIMA ENCICLICA De nuestro Santísimo Padre LEON, PAPA XIII

POR LA DIVINA PROVIDENCIA, A
LOS PATRIARCAS, PRIMADOS,
ARZOBISPOS Y OBISPOS
Y A LOS DEMAS PRE-
LADOS ORDINARIOS EN PAZ Y
COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA.

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Siempre que se Nos presenta ocasion de excitar y aumentar en el pueblo cristiano el amor y el culto de la angusta madre de Dios, Nos sentimos lleno de contento y felicidad, no solamente por la excelencia y la múltiple fecundidad del asunto en sí mismo, sino porque responde dulcemente á los sentimientos más íntimos de Nuestro corazón.

En efecto, la devoción á María Santísima, devoción que, por decirlo así, Nos recibimos con la leche que mamamos, ha ido creciendo y arraigándose en nuestra alma á medida de la edad, segun íbamos viendo más claramente cuán digna de amor y veneración es aquella á quien el mismo Dios amó y prefirió desde el prin-

cipio sobre todas las criaturas, y á quien, enriqueciéndola con señaladísimos privilegios, escogió para madre suya. Las muchísimas y espléndidas pruebas de generosa bondad con que Nos ha favorecido, y que no podemos recordar sin que los ojos se Nos llenen de lágrimas de gratitud, son nuevos y poderosos estímulos para mantenernos fiel á tal devoción. Porque en las muchas, varias y difíciles circunstancias de Nuestra vida, recurrimos siempre á la Santísima Virgen, á ella volvemos amorosamente Nuestros ojos, y desahogando en su corazón temores y esperanzas, la hemos pedido siempre que se digne asistirnos piadosa como madre, y nos alcance la gracia de que podamos corresponder á su amor con un verdadero cariño filial. Elevado más tarde por inescrutable designio de la Providencia á esta Sede del bienaventurado Apóstol San Pedro, es decir, á representar en la Iglesia la Persona misma de Jesucristo, movido por la inmensa pesadumbre del cargo y desconfiando de Nos mismo, con afecto más intenso aún buscamos el divino auxilio en la maternal protección de la Santísima Virgen. Y—¡bien se alegra nuestra alma al publicarlo!—Nuestra esperanza, como en otro tiempo, pero más especialmente en el desempeño del supremo Apostolado, ni fué vana, ni estéril.

Así es que ahora, bajo los auspicios y por la mediación de la Virgen, esta mis-